

Memoria y desmemoria

Los laberintos de la memoria

Mariano Ibeas Gutiérrez

La memoria es selectiva: seleccionamos siempre, aunque para ello debemos tomar en cuenta las intuiciones geniales de Freud y el invento del inconsciente.

Pero vivir es olvidar, por eso, cuando se está empeñado en vivir y a ello se dedican las 24 horas del día, no hay tiempo de ejercer la memoria.

No te fíes un pelo de mí. Sé que este género del recuerdo escrito para un solo lector se presta a la mentira y que procuraré caer siempre de pie como los gatos; pero voy a hacer un esfuerzo por no inventar gran cosa. Todo fue tal cual y peor. Tendría que habértelo contado hace tiempo, me hago cargo, pero es difícil y en estos momentos no sé por dónde empezar.

Jaume Cabré, *Yo confieso*, Ed. Booket

Realmente sólo se tiene conciencia de la memoria cuando se pierde, cuando es difícil encontrar un dato, cuando se empiezan a olvidar los nombres, los lugares o las fechas. Así, hablar de la memoria es también hablar del olvido y memorizar es también abandonar en las tinieblas interiores y exteriores unos datos que podrían precisamente arrojar luz en el túnel, porque precisamente de luces y de sombras hablamos y nada más difícil que iluminar un laberinto.

— ¿Te acuerdas de cuando hablábamos todo seguido?

Esta pregunta que suena a chiste empieza a ser una realidad pura y dura.

La reflexión profunda comienza con la duda. Yo estaba completamente seguro de que uno de mis primeros recuerdos de infancia era la pérdida de la conciencia, porque en una ocasión me subí por detrás al respaldo de una silla, me caí golpeándome la

cabeza y perdí el conocimiento durante algunos segundos. Me lo contaron repetidas veces en mi familia y nunca hubiera dudado del testimonio de mis familiares. Era una verdad incontestable.

Y sin embargo, ¿qué recordaba yo? ¿Qué había de verdadero o de conforme a la realidad de los hechos en mi memoria? Pero, ¿se pueden tener recuerdos anteriores, claros y precisos de hechos sucedidos en la primera infancia? Todo cuadraba en mi memoria, el lugar, los objetos, las personas, el susto, los gritos de mi madre... y sin embargo.

Nunca terminé de creérmelo. Dudaba de todo y también de mí: no recordaba nada de ese episodio, simplemente me lo habían contado en varias ocasiones, lo acepté como mío y lo guardé en mi archivo, en mi “disco duro particular” y solo cuando alguien lo citaba como una gracia más del niño, volvía a recordarlo y a reafirmarlo como un recuerdo mío particular.

La memoria es selectiva: seleccionamos siempre, aunque para ello debemos tomar en cuenta las intuiciones geniales de Freud y el invento del inconsciente. Lo que no nos gusta —“¡hale hop!”— lo enviamos a ese basurero útil para el reciclaje, a las tinieblas interiores donde habitan nuestros demonios familiares y ahí quedan hasta que, alguien o algo, generalmente algún recuerdo enterrado, termina por resucitarlos. Pero también es

selectivo el recuerdo.

Todos sabemos, aunque solo sea por experiencia particular, cómo funcionan algunas de nuestras sensaciones o mejor aún nuestros recuerdos o huellas sensoriales.

Para percibir, fijar en nuestra memoria sensorial, rescatar o recuperar en el tiempo algunas de esas huellas son necesarias algunas condiciones precisas. Para empezar nuestros sistemas de percepción, y antes aún, la cantidad y la calidad del elemento estimulante, el umbral de percepción, el cambio o cambios significativos suficientes para hacer posible la percepción de escalones o variaciones notables en lo percibido o lo sentido. Y todos los sentidos no funcionan por igual.

Hemos perdido sensibilidad olfativa o gustativa; nuestro cerebro reptiliano, el más primitivo o esencial para la supervivencia, ha terminado por embotarse, frente a los estímulos o los cambios que la cultura ha ido aportando, en principio para “hacernos la vida más fácil” y por ello, menos útil y ágil para afrontar situaciones nuevas o imprevistas, pero que justamente son las necesarias para, en casos extremos, salvar la piel... No estamos nada preparados para la supervivencia en un medio hostil y es fácil observarlo en situaciones habituales como un cambio brusco de temperaturas, la falta de agua, la avería de un automóvil en despoblado o un incendio... Hoy



Teo Felix

es fácil comunicarse por teléfono, pero eso no nos priva ni del frío o del calor, el hambre o la sed, la seguridad e incluso, a veces, ni siquiera de la soledad.

Es curiosa la valoración de algo que huele bien o mal, sabe bien o mal hasta que te vas acostumbrando, porque la memoria es también el producto de un aprendizaje, y no simplemente del modo de almacenar los datos, sino también de la forma de adquirirlos, mantenerlos y evocarlos o “resucitarlos” más tarde, de traerlos al presente de la conciencia.

Veamos algunos ejemplos. Somos cada vez más urbanitas. Nuestro horizonte de percepción visual está limitado por paredes, muros y edificios que impiden la visión extensa, hacia el horizonte. Nuestra vista está limitada a unas pantallas cada vez más próximas y reducidas de tamaño; nos pasamos los días encerrados en nuestros túneles urbanos, en edificios sin luz ni atmósfera natural, sometidos a un ritmo que no marca la luz ascendente o declinante del día, el avance lento o rápido de las estaciones, el ritmo circadiano de nuestra actividad; somos, al fin y al cabo, ratones o topos moviéndonos a ciegas en nuestras propias madrigueras y no señalamos nuestra presencia al exterior más que por nuestras huellas contaminantes, nuestros deshechos, cada día más abundantes y más difíciles de eliminar o reciclar.

Por eso experimentamos cada vez una mayor satisfacción al recorrer el campo o las montañas o sentarnos a contemplar el horizonte, las nubes o las olas a la orilla del mar, o incluso exponernos desnudos a la intemperie.

Por eso necesitamos guardar la memoria olfativa, oler... olerlos, reconocer al otro por el olor y no tanto identificar la marca del

perfume... las madres sabían hacerlo.

Por eso precisamos guardar la memoria gustativa, gustar, paladear... y a veces recuperar alguna de las huellas que dejó en nosotros la cocina de la mamá.

Por eso debemos guardar la memoria visual, mirar y no simplemente ver... sin esperar que la visualización se convierta en un interminable desfile de imágenes que se superponen unas a otras sin distinción ni límites como un cuadro convertido en chafarrinón por la impericia del artista...

Debemos guardar la memoria auditiva, oír y escuchar y por encima de todo, valorar los silencios, la música callada en una “ruidosfera” cada vez más invasiva que nos rodea...

Por eso necesitamos también guardar la memoria táctil, cinestésica, textural, gestual..., etc. Es la memoria, en definitiva, la que nos constituye, la que nos crea, la que nos conforma.

Todo esto está perfectamente estudiado en la psicología actual, pero yo no soy psicólogo y no pretendo meterme en ese jardín; entre otras cosas porque me llevaría mucho más lejos que lo que pretende este pequeño artículo; simplemente me referiré a mi experiencia particular.

He oído decir por ahí que “lo que no es biografía es plagio” y a esta simple regla voy a atenerme en cuanto esté a mi alcance.

Que ¿cuál ha sido mi experiencia?

Muy sencillo, la memoria empezó a ser el *sine qua non* de todos mis aprendizajes. “acuérdate”, “no te olvides” “repite conmigo”, “ahora con el libro cerrado”, “te acuerdas cuándo vimos, cuándo leímos, cuándo copiaste”... *memento homo*.

Había que guardarlo todo en la memoria: Mi abuela recitaba de memoria, largas tiradas de romances, canciones de ciego,

historias de los pliegos de cordel que me repetía o canturreaba una y otra vez hasta que conseguía dormirme.

En la escuela recitábamos siempre o cantábamos en coro: los verbos, el catecismo, la tabla de multiplicar, los ríos de la península, las capitales y los límites de las regiones, los cabos y los golfos, las glorias de la falange y los principios generales del movimiento...

En el bachillerato había que memorizar también una ingente cantidad de datos, fórmulas, principios, poemas y textos teatrales para representar en el teatrillo del colegio.

Y luego volcar todo ello en el papel, en aburridos exámenes, en la pizarra, en unas sesiones maratonianas de dos o tres días en el instituto oficial al que acudíamos a examinarnos como alumnos libres y más tarde en dos gloriosas reválidas o exámenes de grado, en un “preu” o “cou” o un “examen de madurez” antes de entrar en la Universidad. Incluso en la universidad, nunca llegamos a ser otra cosa que “Funes el memorioso”.

Pero vivir es olvidar, por eso, cuando se está empeñado en vivir y a ello se dedican las 24 horas del día, no hay tiempo de ejercer la memoria. La infancia no existe, es una construcción nostálgica o melancólica de la vejez; en nuestra niñez vivíamos, no nos preocupábamos demasiado de investigar lo que era ser niños, ni en la juventud de lo que era ser joven.

Y pretendemos recuperar lo irrecuperable cuando lo esencial, el tiempo se nos escapa entre los dedos. La memoria es la conciencia del tiempo, al fin y al cabo una especie de construcción filosófica de la realidad que nos circunda. Nos construimos a nosotros mismos como memoria, una de las tres “potencias” de la filosofía

clásica, junto con el entendimiento y la voluntad.

El pasado ya no existe, el presente es una ficción y el futuro tampoco existe todavía. Vivir el instante es una quimera, por lo tanto, vivir el presente es un empeño inútil, *ergo* todo nos empuja a la desesperación, a la nada, la náusea del existir, *le néant et la mort...* y no pretendo volver a Sartre o Camus, aunque me gustaría extenderme en este punto.

Se ha equiparado el funcionamiento del cerebro a un ordenador, que incluye un disco duro, un sistema operativo, unos elementos periféricos de recepción o expresión de datos, un modo de guardar, recuperar o procesar la información; tenemos una fe infinita en las memorias externas; una memoria externa es un libro, pero también el inmenso banco de datos de cualquier artilugio electrónico, al alcance de nuestra mano y que utilizamos para navegar o volar por la red. Ya no existe el texto: viva el hipertexto. Por desgracia tenemos tendencia a externalizar nuestra memoria, eso se llama también ajenar, alienar o enajenar; por la misma regla, cada vez somos menos nosotros, más otros, extraños, extranjeros, alienados, enajenados, despojados de nosotros, ajenos de nosotros mismos.

Son modos de hablar seguramente, nada que ver con la realidad y posiblemente pasarán todavía décadas antes de que tengamos una imagen siquiera fiable o aproximada de cómo funciona nuestro cerebro.

Más allá de los tópicos y de los lugares comunes, se trataría de algo tan sencillo y tan esencial como recuperar nuestra propia mismidad, o sea, vuelta al conocimiento, al conócete a ti mismo... hasta que la muerte nos separe.